

La reciente reedición de una de las obras fundamentales de nuestro siglo XX, *Tiempo de destrucción*, ha pasado confundida entre novedades literarias que deben someterse aún a la prueba de la crítica y del tiempo. Su autor, Luis Martín-Santos, falleció en 1964, sin concluirlo. La rigurosa primera edición póstuma, preparada por José Carlos Mainer, quedó marcada por el desorden de los originales, y la obra fue recibida, así, como un monumento soberbio, pero de difícil acceso. *Tiempo de destrucción* no es, desde luego, una novela que se ajuste a los cánones al uso, ni entonces ni ahora. Y en ella, como también en *Tiempo de silencio*, Martín-Santos manifiesta su convicción de que la literatura y la crítica deben enriquecer la experiencia humana. Puesto que las pasiones y las miserias no cambian, el escritor — sugiere Martín-Santos — está obligado a una incesante renovación de las estrategias literarias para narrarlas.

Regresar hoy a *Tiempo de destrucción* permite hacerse una idea más precisa de lo que buscaba su autor, porque retrotrae a unos momentos en los que leer y escribir novelas era una forma radical de enfrentarse al mundo, denunciando las convenciones que limitaban la libertad y conducen al disímulo y la infelicidad. Quien se adentre en las páginas de *Tiempo*

Otra tradición

La reedición de 'Tiempos de destrucción', de Martín-Santos, obliga a evocar su 'Tiempos de silencio'



JOSÉ MARÍA RIDAO

de destrucción, dejándose arrastrar por su prosa deslumbrante y envolvente, advertirá que, al igual que en el momento en que Martín-Santos la redacta, vivimos una época en la que las más exitosas fórmulas de salvación a los problemas que nos acosan son muchas veces caminos al infierno. Aunque eso sí, no empedrados con evidentes buenas intenciones, sino con la invocación interesada de las causas más altas y más nobles para dirimir asuntos en los que bastaría el respeto a la intimidad y las libertades democráticas. Poco importa que las cadenas de las que Martín-Santos proponía liberarse



Tiempo de destrucción
Luis Martín-Santos
Galaxia Gutenberg
352 páginas
21,90 euros

fueran las de la tradición moral y política del nacional catolicismo para que, como lectores, no entendamos que nuestras cadenas son otras, pero que, al igual que las que denuncia y combate *Tiempo de destrucción*, están trayendo de vuelta el cainismo a España.

Con *Tiempo de destrucción* Luis Martín-Santos perseveró en el empeño que inspiró *Tiempo de silencio*, como también buen número de artículos y ensayos recogidos en *Apólogos*, un volumen hoy difícil de encontrar: acabar con lo que llamó la España sagrada. Deliberadamente o no, pocas ideas han sido tan tergiversadas como ésta, a no ser la frase en la que, refiriéndose al Estado y no a los individuos, Manuel Azaña sostuvo que España había dejado de ser católica. Esta incompreensión en la que han acabado por encontrarse Azaña y Martín-Santos no obedece a la casualidad.

Ambos se propusieron prolongar en España una tradición que, frente a la que encarnaron la Inquisición, el absolutismo o la dictadura, cuestionaba que hubiera dos Españas y, por tanto, rechazaba cualquier programa que asociase la libertad y la democracia con la sacralización de una de ellas. Con la España franquista, por descontento. Pero tampoco con la España republicana a la que puso fin la Guerra civil ni, seguramente, con la que hoy se autodenomina

constitucionalista, surgida como respuesta a los crímenes terroristas en el País Vasco y a la deriva autoritaria del independentismo en Cataluña. Para esta otra tradición, gobernar la única España que existe significaba, simplemente, no sacralizar ninguna España, es decir, ningún programa para gobernarla, sino establecer mediante pactos una forma de gobierno que no excluyera a nadie. En una época en la que la lucha contra la dictadura convalidaba, por reacción, cualquier programa desde la que se llevara a cabo, Martín-Santos recordaba que no bastaba estar contra Franco para tener razón. Los programas desde los que se ejercía la oposición también importaban, y el que él defendía no promovía la dictadura del proletariado, sino un Estado de derecho, secular y democrático.

Que una novela obligue a interrogarse sobre los programas que conducen a la tiranía por la vía de prometer la libertad parecería propio de otras épocas. Y, sin embargo, ahí estamos de nuevo, en un tiempo que, aunque no exija de los autores disconformes el silencio o la destrucción, sí pone de manifiesto que esa otra tradición que defendió Luis Martín-Santos está vigente. Y sigue siendo necesaria.

José María Ridao es escritor, autor de *República encantada* (Tusquets 2021)

Lo que me pasa a mí quiero creer que no solo me pasa a mí, sino que es compartido por muchísima gente. Me refiero al hecho de encontrarte con alguien a quien no puedes presentar porque no recuerdas su nombre. Me ocurre casi a diario. Ahora que tras la pandemia hemos vuelto a organizar presentaciones, cócteles, conciertos, lecturas, ferias, comidas y cenas es el gran momento para encontrarnos con quienes creemos conocer y no recordamos sus nombres.

Es un gran dilema, sin duda, al menos para mí, que comparto agradecido con la escritora, guionista y directora de cine, Nora Ephron (Nueva York, 1941-2012), quien en su libro *No me acuerdo de nada* (Libros del Asteroide), lo cuenta con la gracia con que nos divirtió hace años con algunas de sus más celebradas películas, *Se acabó el pastel* o *Cuando Harry encontró a Sally*.

Siempre he huido de los libros llamados de autoayuda, aunque me apresuro a disculparme con los lectores que los leen. No es mi intención en mi primera aparición

¿Nos conocemos?

La desmemoria del presente es uno de los temas de la obra de la autora neoyorquina Nora Ephron



MIGUEL MUNÁRRIZ

en abril, — que solo debería traerme buenos amigos, aunque pasado el tiempo no recuerde sus nombres —, denostar ninguna fe en que ciertos libros nos ayuden, aunque yo siempre he estado convencido de que todo buen libro ejerce el poder de ayudarnos, en el



No me acuerdo de nada
Nora Ephron
Traducción de Catalina Martínez
Libros del Asteroide
176 páginas. 18,95 euros

mejor sentido en que puede hacerle la buena literatura, es decir, ampliando y mejorando nuestra mirada sobre el mundo.

Pero estaba en que Ephron me ha ayudado con su divertidísimo libro a estar menos solo sabiendo que a ella le pasa lo mismo que a mí. Pero existen dos niveles diferentes cuando uno se encuentra con alguien del que no recuerda su nombre. Uno es si el otro tampoco recuerda el tuyo y ambos estamos en el mismo plano de ignorancia, y es cuando él dice: «¿Nos conocemos?», y tú respondes: «Sí, claro, seguro que nos hemos visto en la presentación del libro de fulano...».

El otro nivel, más humillante, es cuando tu interlocutor te nombra con decisión y firmeza, incluso con efusivas muestras de concertar bien, y tú te quedas con una cara de bobo que es imposible no reconocer que no tienes idea de lo que te está diciendo.

A esto podemos añadir lo de hablar dando rodeos cuando se sufre ese lapsus metal que no te deja recordar el nombre de un ac-

tor, de una obra de teatro, o de alguien que te ha relatado una anécdota que no sabes argumentar si no es a trompicones, y a lo que ya se le ha asignado esta frase: ¿te acuerdas cuando hablábamos de corrido?

Nora Ephron me ha ayudado, sí, a sentirme mejor conmigo mismo, me ha devuelto la confianza perdida gracias a este libro de destellos personales, sin autocompasión, con el auténtico humor que empieza por reírse de uno mismo. El *copyright* de este libro, publicado originariamente en Alfred A. Knopf, está datado en 2010 y la fecha del fallecimiento de la escritora es de 2012, lo cual me ha hecho pensar que tal vez *No me acuerdo de nada* fue para Ephron una despedida sincera y amable. No se lo pierdan porque dentro de él hay hallazgos tan soberbios como *Periodismo: una historia de amor*, o *Cosas que echaré de menos*; una de ellas, dice, es cenar con amigos.

Miguel Munárriz es periodista. Su último libro es *La escritura contra el tiempo* (Luna de Abajo 2021)